

# EL INDEPENDIENTE

PERIÓDICO LIBERAL.

AÑO I.

La Redacción y Administración de EL INDEPENDIENTE se hallan establecidas en Lugo, calle de San Pedro, núm. 19.

MIÉRCOLES 21 DE JULIO DE 1869.

No se sirve suscripción cuyo importe no se pague adelantado.—Los anuncios y remitidos a precios convencionales.

NÚM. 7.

Retiramos los originales que teníamos preparados, para dar un lugar preferente en nuestro periódico á la carta que al Sr. Suñer y Capdevila dirige el presbítero don Antonio Agüayo.

Mártir del torpe fanatismo, víctima de la intransigencia neo-católica que empuña con una mano el lábaro de la cristiandad y con la otra la bandera del exterminio; llorando los extravíos de sus hermanos, ese gran sacerdote, eminente publicista y humilde ministro de una religión de caridad y amor, ese virtuosísimo ciudadano, deposita en los altares del verdadero Dios la ofrenda de su entrañable respeto á todo lo más sublime, más elevado y más grandioso que puede concebir la humanidad... al Cristo-Redentor que espira en el Gólgota, proclamando la fraternidad universal y estrechando bajo sus brazos á todos sus hijos.

Creemos que nuestros suscritores leerán con gusto este notabilísimo escrito, en el cual campean la galanura de la frase y corrección de estilo al par de la erudición y modestia que tanto distinguen al ilustre apóstol del catolicismo.

Perdone V., amigo mio, (y digo amigo sin tener el honor de conocerle, porque yo llamo así á todos los hombres y especialmente á los que como V. defienden el derecho humano) perdone V. amigo mio, si llevo yo, pobre peregrino de los nuevos tiempos, misero desterrado en mi misma patria, acaso el único pária en la moderna civilización, á distraerle en su tarea, á detenerle un momento en ese camino que con laudable deseo sin duda, pero también con demasiada ligereza, recorre V. por desgracia con un orgullo y un ardor dignos de mas benéfica empresa.

Ese camino baja desde una elevada cima á una sima profundísima: es un plano inclinado por donde se precipita V. con redoblada velocidad á medida que adelanta, y viendo á V. en el peligro de caer en un abismo donde se revolvería penosamente falto de luz y de aire acaso con espíritus poco reflexivos, y pobres ó cándidas inteligencias que arrastrase consigo, la caridad me ordena imperiosamente interrumpir á V. y hacer un esfuerzo supremo para detenerle que sentiré mucho sea tardío, y llegue solo á avivar la natural fogosidad de V. Para evitar esto último, que me atormentaría sobremanera, que sería para mí una desgracia de que jamás me consolaría, podrá contribuir algun tanto el sacrificio de mi modestia, y yo, que por detener á V. en la pendiente, todos los sacrificios los haría de buen grado, me apresuro á decirle, por si no lo sabe, que soy la víctima mas bárbaramente perseguida, mas ferocemente maltratada por el poder teocrático, por esa gente negra de quien V. se confiesa, no sin razon por cierto, enemigo jurado.

Sacerdote lanzado del altar por los fariseos de la nueva ley; cristiano echado del templo por los mercaderes de la religión, hombre arrojado del hogar por los seides de la tiranía, soy por ellos un

peregrino lleno de dolores, que, como el hijo del hombre, no tengo donde reclinar la cabeza, que vago errante como el judío de la fábula, oyendo por doquier las terribles palabras: ¡anda! ¡anda!... y aunque mucho ando sin volver atrás el rostro, á todas partes me alcanzan las envenenadas flechas del pasado.

Soy un mártir de la causa de la justicia, en una palabra, y yo mismo lo digo, aunque tanto me honre este dictado, porque así creo obtener la simpatía de V., que tan decidido campeón se muestra de esa santa causa, que tan enamorado está de ese bellísimo ideal, tras del que incansable corre por todos los caminos nuestra trabajada generacion.

¡Quiera Dios ahora que no me atribuya V. la ambición de querer derrotarle en el palenque científico, cuando ingenuamente confieso que no mediré mis armas con las de V. en el terreno de las ciencias exactas y políticas, por temor de ser vencido sin gran trabajo de V.; ni tampoco provocaré á V. á discusión de filosofía trascendental ó religion, porque sé que le llevo una enorme ventaja!

Triste soldado del progreso, centinela aislado lejos del campamento, mi deber es dar la voz de ¡alto! á quien quiera que se acerque por imprudencia ó malicia á la profunda zanja que en su límite hay, y esto haré siempre, aunque sea preciso morir en el puesto de honor al empuje de superiores fuerzas, sin que el dolor despierte mi odio, siguiendo los multiplicados ejemplos de soldados fieles del cristianismo.

No me considere V., pues, ni como enemigo que provoca, ni como adversario que discute, ni como émulo de su reputación literaria, sino como amigo desinteresado que le sale cariñoso al encuentro y le toma conmovido la mano para separarle de una peligrosa senda, no iluminada por la luz de la razon, ni mucho menos por la antorcha clarísima y vivificante de la fé.

Si V. se para un momento, y sin prevención me escucha, sin duda que nos entenderemos, y al fin... al fin será V. tan amigo mio como yo lo soy sinceramente de V., con lo cual yo ganaré mucho, V. no perderá nada, y habrá una piedra firme mas en el gran foso monumento de la civilización moderna.

I.  
El excesivo celo, las exageraciones y los apasionados arranques, lejos de favorecer á las causas que los producen y en cuyo obsequio se ejercitan, suelen dañarla muy mucho, y aun quebrantarlas mortalmente como se ha visto con no pocas instituciones que fueron famosas por su fecundidad y perecieron á manos de sus propios servidores.

Ejemplos las comunidades religiosas por una parte, y por otra el que V. mismo ha podido tocar por causa de sus doctrinas iniciadas en el parlamento y sostenidas despues en la prensa. Las órdenes monásticas apoderándose de los principios más sublimes del cristianismo y llevándolos al último límite de la exageración mística, los hicieron incompatibles con la razon y con las condiciones materiales de la vida; y procurando cada una con decidido empeño el mayor lustre y esplendor de su instituto, despues, hicieron todas necesaria la desamortización de sus bienes y hasta su extinción definitiva. V. señor Suñer, deseando extirpar el fanatismo y acabar con la maléfica influencia del partido, que impropiamente llama católico, ha avivado el

uno y acrecentado la otra, como ha podido observar á poco que se haya fijado en las funciones de desagavios y los rumores que por do quiera ha levantado su inconveniente predicación. De tal manera está V. distante de su objeto, que supongo en principio tan excelente como detestable aparece en la forma, que nos ha dado V. muchísimo que hacer á los que, sin pasión ni odio sino por amor á la verdad y á la justicia, que son la luz y el calor de la humanidad, combatimos á esa plaga social, á esa calamidad que no tiene nombre, aunque para engañar á la multitud sumida por ella en la ignorancia, se adorne con los nombres más sagrados y pomposos.

Y no es esto lo peor, sino que la pasión, cuando llega á ofuscar la mente y á sobreponerse á la voluntad, conduce á un extremo tan vicioso como aquel de que se huye, testigo Horacio: *incidit in Scyllam, cupiens vitare Charibdim*. Tal le ha sucedido á V., preciso es decirlo, cuando ha llegado á esta conclusión tan impremeditada como absurda *Dios no es más que una palabra*.

II.  
Dios es una palabra, es verdad. Pero es una palabra escrita en todos los idiomas del mundo, y pronunciada con respeto en todos los idiomas y dialectos por cada uno de los hombres que han vivido sobre la tierra.

Y la palabra tan universalmente expresada (porque universalmente ha sido sentida) debe ser necesariamente más que un sonido vano, debe explicar más que cuatro letras y mas de un sonido, por que debe revelar una idea fija en la mente humana é inherente á la naturaleza racional. «La existencia de un Ser supremo, dice el sabio autor de *El origen de las leyes*, árbitro soberano de todas las cosas, y señor absoluto de todos los sucesos, es una de las primeras verdades de que se siente penetrada y convencida toda persona inteligente que quiere hacer uso de su razon.» (1)

Si el dudar no más sobre la existencia de Dios fue bastante para que los atenienses arrojasen de su suelo al sofista Protágoras, (2) la negación del gran concepto que la palabra de Dios encierra, cuando la observación y la historia la confirman á más no poder en la filosofía y en la política trascendental, dá motivo más que suficiente para que nosotros declaremos insensato, al que con semejante negación se coloque fuera del sentido comun. ¿Y cómo no si quien niega á Dios se niega á si mismo también y en el propio acto de negar á Dios y de negarse á sí, afirma su propia existencia al par que la existencia de su Criador? Tan cierta es la existencia de Dios que su misma negación la afirma.

Principio de todas las cosas, armonía del universo, término de cuanto por sí solo no ha podido crearse, sin Dios nada se explica, nada se comprende, nada se concibe, y tanto es así que jamás ha existido escuela filosófica que le niegue.

El gran utopista, tenido por impío, el mismo Rousseau dice que vé el Ser poderoso llamado Dios «no solo en los cielos que giran sobre nuestras cabezas y en el astro que nos ilumina: no solo en él mismo, si nó también el ganado que paca, en el pajarillo que vuela, en la piedra que cae, en las hojas que arrebatá el

(1) Monteg. Esp. des Lois. I. part. I. c. I. a. I.  
(2) Cic. I. De nat. n. 29 63.

viento (1).» Y el gran filósofo que tuvo la desgracia de no ser comprendido y ha pasado por el príncipe de los incrédulos, dice á este propósito:

Es de un Ser soberano la existencia  
Lazo social que al universo liga;  
Un freno del malvado á quien castiga,  
Y un apoyo del justo en la inocencia.

Si en su esplendor y brillantez tan vario,  
El cielo manifestado no lo hiciese,  
Si lo que es imposible, Dios no hubiese,  
Sería el inventarle necesario.

Anuncio del sabio el puro celo;  
Y vosotros ¡oh reyes poderosos,  
Si os burlais de mis llantos dolorosos,  
Temblad: un vengador tengo en el cielo! (2)

La existencia de Dios, de ese ser que vive en la eternidad y llena los espacios, y á todo ha dado luz, y vida, y armonía, y leyes, es de sentido comun, y no he de reproducir yo los argumentos que para probarla aprendí en la escuela, y que como yo, recordará el Sr. Suñer y Capdevila, y que es probable que los conserve, corregidos y aumentados, más cuidadosamente que yo.

Sin duda, amigo mio, que en el calor de la improvisación primero, y despues en el de la discusión, no pudo V. prever el término á donde puede conducir un *lapsus lingue*, y que á él ha llegado V. á pesar suyo, ó que ha pretendido V. sacar partido para su propósito, que, repito, me parece laudable, oponiendo la exageración á la exageración, lo cual nada tiene de extraño si se considera nuestro excelente amigo Castelar, que por ser dueño de la palabra, es lumbrera de la democracia, principió como Balmes sus lecciones sobre *la civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, y los rudos ataques de la gente *nea* le obligaron á terminarlas como Renán.

Omitiendo muchísimas razones de conveniencia, que no deben ocultarse á su claro talento, aprovecho esta ocasión para someter á su juicio otras consideraciones que se rozan con este punto, y que hasta ahora no me ha sido permitido publicar en España, advirtiendo que las observaciones de V. las recibiré para mi gobierno hasta con gratitud.

Estas consideraciones versan sobre la verdadera acepción de la palabra *catolicismo*, y ¡ojalá sirvieran para impedir á V. esta exclamación que con tanta frecuencia emplea: *Atras la enseñanza católica!*

III.

Desde que hay hombres hay religion. Digo religion, porque aunque han existido y hay muchas en especie, en género, todas convienen, todas convergen á la pura adoración de la Divinidad (3).

Es, pues, mas que una virtud, un sentimiento necesario, conforme á la naturaleza humana, el sentimiento religioso, atestiguando la historia que en todos los tiempos, y entre todas las gentes, ha ocupado la religion el lugar más importante, como el muelle real, lo mismo del individuo que de la sociedad.

En el fondo de las diversas manifestaciones del dogma, que no es mas que uno, inmutable y eterno como Dios, de quien es espíritu verdadero encarnado

(1) Emil. t. 3.

(2) Voltaire, carta al autor del libro de «Los tres impostores.»

(3) Creucer. Simbol. t. 1, págs. 11 y 12; y Anales de Hall., núm. 110, 1831, miran con justicia esta declaración como verdaderamente católica.

en la inteligencia, está la verdad religiosa.

Todas las religiones, pues, participan más o menos de la verdad divina, porque no puede separarse de ellas lo que tienen de natural y racional, transmitido por necesaria herencia desde el primer hombre hasta David, y hasta nosotros, que con David decimos: *Domine; signatum est super nos lumen vultus tui.*

La religión natural es la madre de todas las religiones, desde aquella que como los *thugs* se alimenta con cadáveres, hasta la otra que con los *neos* vive con la ruina moral y material de los pueblos: la diferencia no está en sus fundamentos, por más que la variedad del culto, la forma exterior, y aun las obras que determinan parezca demostrarlo así: la diferencia es meramente accidental, como dependiente de lo que los hombres introdujeran en ellas de ridículo, de absurdo o de perjudicial.

En verdad que *el más hermoso presente que ha podido Dios hacer á los hombres*, como llama á la religión Montesquieu, lo han convertido estos con lamentable frecuencia ó desgraciada constancia en la calamidad mayor que ha pesado sobre la humanidad.

El gran pretexto de saciar criminales pasiones, de explotar á los hombres y someterlos inhumanamente al yugo más inflexible, ha sido siempre la religión: en nombre de la religión, que es la paz, se ha predicado la guerra; en nombre de la religión, que es la ciencia, se ha sostenido siempre la ignorancia; en nombre de la religión, que es la justicia, se han defendido continuamente abusos escandalosos y privilegios insultantes: en nombre de la religión, por último, ha sido siempre Dios ofendido, y la humanidad perjudicada.

Tanto más perfecta será una religión cuanto más domine en ella la religión natural; que no por llamarse así deja de ser sobrenatural y divina, puesto que es la revelación primera inmediata é infalible de Dios al hombre, llama celestial puesta en lámpara de barro por la misericordia y la bondad infinitas.

La religión natural, es la religión hebrea sin los preceptos judiciales y ceremoniales; es la religión mahometana sin lo que se refiere al orden político y social; es la religión protestante sin lo que tiene de mercantil y discordiosa; es la religión romana sin... sin muchas cosas; es, en una palabra, la misma religión cristiana predicada con pureza y practicada con fidelidad.

Esta es la religión católica, la sola que tiene condiciones de universalidad porque todos los hombres sin distinción sienten en sus conciencias, con más ó menos intensidad, el calor de su sagrada llama: la única indefectible y cierta, porque con cada hombre nace un nuevo testimonio de ella: la sola y única que la razón y la fé de admirable acuerdo pueden coronar siempre de buenas obras, guirnalda pura y perfumada cuyo tegido constituye el culto más sublime y perfecto.

Habrán sufrido, sufre aún, sufrirá todavía grandes alteraciones en su paso á través de las sociedades, porque estas no se conformarán nunca con lo puramente racional, y estrictamente necesario hasta tanto que la civilización llegue por igual á todas sus capas; pero la sana razón y el recto criterio tendrán ya cuidado bastante en ir separando del dogma lo que del dogma no es sino que pertenece al tiempo, que no es virtud religiosa sino vicio de una época, lo mismo que hoy solemos separar del apóstol Santiago, patron de España, la *espada*, el *arnés* y el *caballo* con que nos lo representa en los altares una piedad mal entendida.

Verdad que esta religión, como todas las monoteístas que tienen á la Biblia por centro común, ha de luchar con dos escollos ya indicados y que no pueden menos de desvirtuarla.

Tales son: el espíritu místico que tomando sus más elevados principios, sus esperanzas y aspiraciones más sublimes, los lleva á un grado tal de exageración que dejan de conformarse con las leyes de la razón y las condiciones de la socie-

dad y de la vida; y el espíritu filosófico que pretende librarse de la autoridad de los dogmas consagrados, semeterlos á su jurisdicción, imponerles sus reglas y rechazarlos en todo ó en parte cuando no responden á su criterio de verdad; y estos dos adversarios constantes no pueden menos de causar alguna sensible alteración en las creencias; pero los dogmas fundamentales, despues de tantos siglos, están tan definidos y contados, las reglas morales tan fijamente trazadas, y lo esencial, por decirlo de una vez, tan caracterizado, que en vano las pasiones, la sed hidrópica de riquezas y la ambición de dominio tratarán en adelante de involucrarlo con sutiles invenciones.

En vano será que nuestros sacerdotes, como los antiguos del Egipto, retengan la ciencia en el fondo del santuario y no prodiguen á los pueblos sino supersticiones groseras; los pueblos irán conociendo cada vez mejor sus derechos y sus deberes, porque hay ya para siempre un magisterio incesante en la civilizadora prensa: en vano será que Pontífices digan en nombre de Dios que la tiranía civil lo mismo que la religiosa les pertenece por derecho divino, porque los pueblos irán conociendo cada vez mejor que toda especie de tiranía es necesariamente contraria á todo derecho divino y humano: en vano será que la gran conjuración de todos los restos del paganismo, invoque los más sagrados nombres por la conservación del séquito tan deslumbrador como inicuo de sus privilegios, porque cada año que trascurra echará la humanidad al depósito de las miserias históricas un harapo de esa gran miseria que ya no puede cubrirse bien con el insultante ropaje de la opulencia.

Gregorio VII pudo escribir al monarca español Alfonso VI la famosa carta en que suponía que España era un feudo de la Santa Sede; pudo decir al rey de Hungría que este país era un dominio de la Iglesia Romana; pudo aspirar á una monarquía europea porque la ignorancia de aquella época le permitía ser árbitro en todas las causas sociales; pero Pio IX á duras penas conserva la pequeña soberanía que con Esteban II principio y sus sucesores guardaron con tanto trabajo personal como quebranto del poder espiritual.

El mundo será religioso sin ser fanático, despreocupado sin ser impío, bueno sin ser hipócrita, porque la ilustración creciente llegará á demostrarle que el culto digno de la Divinidad es la práctica de la moral y de la justicia, á la cual se verá obligado no solo por conciencia y por el interés procomunal si que también por la imperiosa ley del egoísmo.

## IV.

Oportuno será despues de haber hablado de Dios, de haber echado una ojeada sobre la religión considerada en abstracto, y de haber tratado de la religión natural, decir algo sobre la *Ley escrita* si quier á grandes rasgos como es permitido en los límites de una carta y perdón V. Sr. Suñer si le parece árida esta materia sobre la cual me parece que no debe V. haber meditado mucho.

El judaísmo, la religión del antiguo testamento, no era otra cosa que la religión natural confirmada por Dios, promulgada y sancionada sobrenaturalmente, robustecida y comentada por el espíritu nacional y el espíritu de profecía.

Era la religión verdadera, es decir: la maestra de la moral única y por lo mismo universal, aunque sofocada por el exclusivismo de un pueblo.

Escasa de templos, y templos sin adornos, sin pinturas ni esculturas que hablasen á los sentidos, su espíritu era el de la letra, precisamente el mismo espíritu que el de la civilización moderna, espíritu que, directamente, por medio de la escritura pasa de la mente divina á comunicar con la inteligencia humana; por eso las *Tablas de la Ley*, compendio de la religión, decálogo de todas las religiones, era el monumento único, el sím-

bolo que en el arca santa acompañaban por do quiera al pueblo de Israel.

Dios había ordenado á Moises que no le levantase altar de piedra de cantería porque no se profanase, ni gradas para subir á él, para que no se descubriese la desnudez del sacerdote, al cual bendeciría desde cualquier lugar de la tierra que le dedicase.

El capítulo XX del Exodo, contiene sumariamente todo lo doctrinal del Antiguo Testamento y que es principalísimo en el nuevo.

Sin templos, sin altares, prohibiendo honrar á imágenes y semejanzas de cosas del cielo, de la tierra y del agua; y prometiendo misericordia á los que guardasen los mandamientos, el judaísmo satisfacía las aspiraciones más nobles del alma y debía desenvolverse lógicamente en armonía con las condiciones de la sociedad y los resortes vitales de la razón y de la dignidad humana.

El triunfo del pueblo escogido bajo el régimen del Mesías, cuya esperanza llevaba consuelos cuatro mil años, revela su completa conformidad con la ley universal del progreso: así es que había de cubrir toda la tierra, y aquel espíritu puro que desde el *Paraiso* hasta el *Sinai*, le había asistido continuamente, debía encarnar en el mismo suelo para unir con lazos de sublime amor á la tierra con el cielo desde la cúspide del *Calvario*.

¡El dogma progresando!—Primero es una *inspiración*, luego una *ley escrita*, despues es *Jesucristo vivo*, vivo en el cielo á la diestra del padre, y vivo en la tierra donde eternamente resonará su sacrosanta palabra, donde siempre asistirá á su visible iglesia, en cuyo progreso, en cuyo crecimiento, en cuya *unidad*, al fin, porque todas las doctrinas se fundirán en su doctrina, porque todos los idiomas se reducirán á un idioma, porque todos los pueblos se unirán en un pueblo, y todas las razas en una raza, tendrá también el dogma su complemento y progreso.

*Y sin embargo, Jesucristo no vino á abrogar la ley y los profetas, sino á darles cumplimiento.*

Aquella religión sencilla y sublime llegó á convertirse en letra muerta, porque pensando los fariseos en el mundo se olvidaron del Cielo, pensando en sí mismos se olvidaron de Dios, y cuarenta y seis años invertidos en edificar el templo material de Jerusalén bastaron para arruinar el templo espiritual con que brilló aquel pueblo entre las espesas nieblas del politeísmo.

Y esto sucedía precisamente cuando la primera etapa de la civilización latina, llevaba al Asia la sincrasis del derecho, fenómeno que no se concibe sin suponer que una filosofía puramente racional, esencialmente pagana; pero que sinceramente busca la verdad, puede ser más fecunda y más benéfica que la verdadera religión cuando se oculta y se disfraza por los mismos que se encargan de mostrarla y estenderla.

Pero así se explican las compensaciones en el orden general del progreso: cuando un ser muere, otro nace: cuando una ciencia para, otra se adelanta: cuando la religión no alumbraba, la filosofía emite vivísimos resplandores: cuando la autoridad abusa, la libertad repara.

Si calla Jerusalén, Atenas habla ó Roma obra: el mundo no se detiene por nada ni por nadie; tiene también como el hombre su vida y su camino y también marcha desenvolviéndose en el espacio, y lo que en el mundo se detiene, muere, porque es el progreso la condición de la vida.

El judaísmo murió por haber dejado los fariseos, sus sacerdotes, enfriarse los preciosos gérmenes de igualdad social, de sencillez y moralidad que en su seno depositara liberalmente el Rector del Universo.

Pero como la Providencia divina mide con tanta precisión los tiempos y las distancias, y tan oportunamente atiende á la armonía de su obra, reuniendo los átomos dispersos para reemplazar con ventaja la defeción de un sér, ó los elementos disueltos de una institución caduca para levantar otra vigorosa, en el

dia prefijado por los profetas, vino á la tierra el *Verbo*, y derribando todos los templos, rompiendo los ídolos y reprendiendo á los especuladores de la credulidad pública, estableció firmemente la religión única y el culto en espíritu y en verdad.

Estableció la *Iglesia católica* cuyos caracteres distintivos no pueden equivocarse ó confundirse con los de otra.

## V.

La libertad y la autoridad se disputaron desde los tiempos más remotos el gobierno del mundo.

El Oriente es la patria de la autoridad: Grecia la cuna de la libertad.

En el Asia, región vasta de gigantes, montañas y de desiertos inmensos, debió anonadarse el hombre como un mero accidente en la intuición del gran Todo.

Grecia, península breve y risueña, en frecuente comunicación con el Asia, la Europa y Africa, de población numerosa é inteligente, debió considerar al hombre como manifestación de la Divinidad.

En Oriente, no pudo menos de dominar la idea.

En Grecia, no pudo menos de prevalecer la forma.

Allí el espíritu humano era inmanente, sustancial, fijo.

Aquí, variado y activo.

Un profundo sentimiento, mezcla de temor y de esperanza, contenía á la gran región que fijaba los asombrados ojos en la inmensidad del cielo, en tanto que la península, arrullada por el mar Egeo y el mar Jónico, parecía complacerse ante el mútuo amor del hombre y la naturaleza.

Lo sobrenatural, por decirlo de una vez, inspiró al Oriente, y de aquí nació la autoridad.

Lo natural animó á la Grecia y de aquí salió la libertad: corrientes, no contrarias, sino diversas, que juntas algún día, debían inundar el Occidente.

Ese día llegó, como todo lo necesario llega.

Y derribado el dique, muerta Jerusalén para que viviese el mundo, revestida la idea de su conveniente forma, revestido de *hombre* el *Verbo divino*, la autoridad y la libertad se abrazaron, porque Dios y la humanidad se encontraron unidos hipostáticamente en Jesucristo.

La revelación divina, pues, se consumó para siempre en la inteligencia humana: ya no se esperará mas revelación parcial, porque vino á nosotros Dios, revelación absoluta y eterna, como ya no hay ni puede haber autoridad legítima independiente de la libertad.

La fé no puede imponerse, sino predicarse, porque ha de entrar por el oído, según expresión del apóstol y combinarse con la razón por medio de la *libertad* y la fé es, con todo, ese fluido superior y universal que virtualmente contiene todos los elementos de la vida religiosa, moral y filosófica.

La verdadera autoridad está en el Evangelio, la verdadera libertad también: los dos principios civilizadores se sostienen mutuamente en el santo código como dos hermanos reconciliados abrazados ante su padre.

Jesucristo es *Dios-hombre*, es decir: la única autoridad suprema y la única libertad posible: es la razón divina y humana, y cuando Jesucristo habla como habla en el Evangelio, sellando la verdad sacrosanta con su preciosísima sangre, cuando Jesucristo al morir perdonando y bendiciendo, principia una civilización que satisface á la vez al cielo y á la tierra.... Calle todo lo que se llama autoridad y no puede ser sino tiranía, calle todo lo que se apellida libertad y no puede ser sino licencia, y oiga la humanidad con gratitud y gozo esa armonía universal, y caigan de rodillas los impíos ante esa escala del progreso que conduce hasta á la misma bienaventurada eterna.

*Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud!*

VI.

Principio el siglo IV de nuestra era. Un poder que no era autoridad, y que era irreconciliable con la libertad, había agotado todos los recursos de la crueldad y la astucia para acabar con unos hombres que vivían como hermanos, anhelando el reinado de la justicia.

Aquellos hombres «jamás se permitieron nada contra aquel poder que los trataba tan inhumanamente (1), porque tenían los más eficaces y gloriosos motivos de practicar la paciencia, no por una afectación soberbia, acompañada de cinica estupidez, sino por la suprema y viviente regla de una doctrina celestial que representaba á Dios mismo como el más perfecto modelo de paciencia y que les obligaba á ser pacientes como El (2).»

«Eran unos desgraciados que se les había metido en la cabeza que eran inmortales, y por eso tomaban como un juego la muerte: que habiéndoles dejado el sofista crucificado la convicción de que todos eran hermanos, vivían conformes al Evangelio, despreciando las riquezas, que consideraban como bienes comunes (3).»

Eran hombres que con Tertuliano decían á los gentiles: «Vosotros nos vituperáis porque nos amamos unos á otros, mientras que vosotros os odiáis; porque estamos prestos á morir los unos por los otros, al paso que vosotros siempre estáis dispuestos á degollaros; porque nuestra fraternidad se extiende hasta la comunidad de los bienes, en tanto que los bienes son los que rompen todo lazo de unión entre vosotros; porque nosotros lo tenemos todo en común excepto las mujeres, que es precisamente lo único que tenéis en común vosotros (4).»

Eran hombres «que habían sido libertados de multitud de vicios y pasiones y en los cuales engendraba cada día el nombre de Jesús una maravillosa dulzura é incomparable caridad (5).»

Y estos hombres amantes de la paciencia, de la fraternidad y la paz, eran, sin embargo la constante pesadilla de un Imperio, tan enemigo de la autoridad como de la libertad que, habiendo agotado ya contra ellos todos los instrumentos de exterminio, veía con impotente rabia que la sangre de creyentes era semilla fecundísima de cristianos.

Los dioses lares iban cayendo en el olvido, el panteón iba quedando desierto, desiertos los templos, y las legiones iban llenándose de cristianos: dentro de poco iba á ser imposible la esclavitud, imposible la guerra, imposible el despotismo, imposible la iniquidad: dentro de poco el trono de los Césares iba á derrumbarse hecho de apoyo en medio de una sociedad regenerada.

Constantino tembló.

Los tiranos suelen pelear con valor y arrostrar por su ambición impávidos la muerte; pero palidecen y tiemblan ante una simple pregunta que formula una conciencia como la de Constantino, ó un bufón como el de Felipe II: ¿qué harías si cuando dijese que sí, respondiesen todos que no?

Los tiranos quieren que su capricho solo sea más potente que la suma de todas las voluntades, lo cual prueba que son una especie de locos que solo pueden existir y pasar por cuerdos en pueblos que no sean sociedades, sino agrupaciones de hombres degenerados ó estúpidos.

Constantino sabía bien que aquel pueblo creciente, que ya lo invadía todo menos los templos no era una agrupación de hombres estúpidos y envilecidos, sino una comunidad animada de un solo espíritu y movida por una sola voluntad que dando á Dios lo que era de Dios, y al César lo que del César era (que bien poco le pertenecía por cierto) aspiraba al establecimiento completo del reinado de la justicia.

(1) Tertul. Apolog.

(2) Tertul. De Patient. III.

(3) Luciano, De morte pereg. v. 13.

(4) Tertul. Apol. c. 33.

(5) Orígenes, Cont. Cels. 1, 67. y III, 23.

Y como el reinado de la justicia, según el cual el derecho lo sería todo y la fuerza nada, la humildad una virtud y la soberbia un pecado, la pobreza un mérito y la opulencia un vicio, como este reinado sería incompatible con el imperio, y como no es dudosa la elección entre dos términos conocidos, uno bueno y otro malo, Constantino, encarnación viviente del espíritu del mal, se estremeció de pavor conociendo por aquellos hombres que se hallaba frente á frente del Espíritu de la justicia encarnado en la humanidad.

¿Qué hacer?—Aun estaba fresca la sangre derramada por el *décimo edicto*, la sangre vertida por la más terrible persecución que se desató contra los cristianos; sangre inocente que regaba y hacía crecer el árbol de la vida. ¿Qué hacer? ¿Qué restaba?

Era preciso llamar en auxilio de Roma, amenazada de la misma ruina que Jerusalén, pues que la fuerza no había de ser más respetada que el engaño, todas las pasiones y todos los intereses, todos los poderes y todas las tradiciones contrarias á la nueva doctrina: era necesario que el monstruoso conjunto de las instituciones paganas, la momia asquerosa del mundo viejo, vistiese la túnica del Nazareno; la toga libre del sacerdocio nuevo que se apoderase audaz del código de la redención, que ablasen mintiendo el lenguaje de la caridad....

Y Roma se salvó; pero el mundo quedó envuelto en la niebla de una atmósfera letal y corrompida; porque un gran crimen quedó oculto entre los pliegues del tiempo.

Quien maldiga al *catolicismo* por los abusos de una iglesia, por los crímenes de una secta, ó no lee la historia y si la lee no la entiende, ó no ha pensado sobre la palabra *catolicismo*, ó es tan necio como quien aborrece la luz porque distingue las sombras.

VII.

Para terminar estos apuntes que, á no dudarlo, la clara penetración de V. irá comentando y ampliando á medida que por ellos recorra la vista, le haré notar la admirable identidad de resultados obtenidos por la pura razón en los dos sistemas filosóficos más famosos de antes y después del cristianismo, y la absoluta conformidad de ambos con el dogma fundamental del *catolicismo* que he tratado de defender aunque con tanta rapidez como desaliño.

La escuela filosófica-teológica más célebre que en la antigua edad hubo, la escuela neopagana de Alejandria, juntó el *Motor inmóvil* de Aristóteles, el *Logos* de Platon, y la *Unidad* de Pitágoras, ó, de otro modo, el *Uno*, la *Inteligencia*, y el *Espíritu universal*, para designar lo mismo que Hegel en su sistema, que tantos admiradores tiene, llama *Trinidad lógica continua*, y que nosotros llamamos *Padre, Hijo y Espíritu Santo*, es decir: *Dios*.

Todo lo que vive, todo lo que se desenvuelve en el tiempo y el espacio, ha tenido necesariamente principio y causa predominante de un orden más superior: no se concibe un hijo sin un padre, no hay un efecto sin una causa, no es posible obra sin artificio; y la creación espontánea es evidentemente un absurdo porque nada puede producirse donde nada hay: *ex nihilo nihil*.

Por esto es que el *Ser* por excelencia ha sido y es reconocido y confesado lo mismo por la razón que por la fé, y siempre ha servido y sirve de fundamento inmutable igualmente que á la teología á la metafísica.

Pero ese *Dios*, cantado por Hesiodo, Homero, Virgilio, Ovidio: confesado por Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca; predicado por Moisés, Confucio, Plotino, Mahoma: ese *Dios* que la humanidad entera con veneración invoca, y que la naturaleza toda pregonaba cual si su imagen se hallase esculpida así en el espíritu como en la materia; ese *Dios* creador, todo actividad, no debía encerrarse en la eternidad de sus esencias fundamentales, y antes de manifestarse fuera de sí en la

multiplicidad externa de los seres de la naturaleza, obró con su voluntad dentro de sí mismo, y el término de su voluntad divina, el *Logos*, el *Verbum*, la *Palabra* que como su gran manifestación reconocen omnipotente el panteísmo antiguo alejandrino, y el panteísmo moderno alemán, es la suprema revelación *Jesucristo* que vino al mundo para que el mundo girase ordenadamente sobre el firmísimo eje de la justicia.

La idea primera que acerca de Dios concebimos es la idea del poder, inmediatamente la de la voluntad, y del poder y la voluntad procede el amor que es la razón suprema de la revelación. Si existe Dios ha podido revelarse al hombre y la naturaleza, y si ama al hombre, al ser más excelente de la naturaleza, se ha revelado á la inteligencia cuantas veces ha sido necesario para el progreso humano, y de una vez para siempre en la encarnación de su voluntad y su palabra.

Hijos de la civilización cristiana, de esa civilización cuya doctrina la más pura y benéfica, y cuyos ejemplos de caridad y abnegación sublimes van haciendo de la humanidad una familia íntimamente unida por el amor, y hace de cada hombre un hijo de Dios y un heredero de su gloria, bendigamos cada día á Jesucristo, perfecto modelo del hombre, augusto ejemplo de la justicia, y acudamos á la *Iglesia católica*, á esa escuela que fundó El mismo, para aprender sus salvadoras verdades y sus misericordiosas obras.

¡Ah! Si después de diez y nueve siglos, cuando hemos llegado al de la ilustración y la democracia, viésemos á algún hombre que en pureza de doctrinas y de costumbres superase al Mártir del Gólgota, pudiéramos decir con algún viso de razón, con alguna apariencia de verdad que Jesús fué solo hijo del artesano José y de la pobre María; pero á pesar de la *enseñanza católica* y por desgracia de la humanidad, pasarán todavía muchos siglos sin que la más ligera nube vele siquiera por un momento y de esta manera la divinidad de Jesucristo.

No desciendo, Sr. Suñer, á ciertos detalles porque sería ofender su ilustración y su criterio; pero debo confesar que si existe Dios, y Jesucristo es hijo de Dios y de María, ciertamente que esta pobre mujer, que amó y padeció mas que amó y padeció mujer alguna, merece ser el dechado purísimo de todas las virtudes para su sexo y que la consideremos como el suavisimo perfume, como el aroma poético y delicioso de la religión cristiana. Su ideal es necesario para la humanidad, y si no estuviera realizado en María, la humanidad lo fingiría en Vénus ó en Diana.

La religión es el alma de la historia, es toda la ciencia, y no hay capacidad que en su estudio no se llene, ni hay talento que de su espíritu no se sature si á ella acude en busca de verdades; pero la soberbia ciega á los hombres y hay muchos en nuestro tiempo que no conocen tan palmario axioma, y sin acercarse á la fuente de las verdades de todo orden, pretenden enseñar como maestros, cuando apenas sirven para discípulos.

En este caso se hallan muchos llamados *demócratas republicanos*, desgraciados que, sin saber que tal denominación, tanto expresa una queja dolorosa como un esfuerzo del hombre hácia la perfección, hieren todos los días á la humanidad en sus más nobles sentimientos y mientras predicán con descompuestas frases que solo puede inspirar la ambición, el progreso indefinido, borran el magnífico ideal de la verdad, la bondad y la belleza, único ideal que puede hacer hombres honrados, apóstoles dignos y mártires santos.

No se parezca V. Sr. Suñer y Capdevila á esos hombres, no haga V. causa común con esos republicanos nuevos que sin pensamiento de edificar solo quieren destruir violentamente, quizás para enriquecerse con despojos, y permítame V. que concluyendo, le aconseje también que antes de escribir sobre religión estudie mucho y medite más y así no dirá

desatinos con mengua de su buena fama y daño de las creencias y las costumbres. ¿Por qué no decir la verdad, si es una chispa de la divina esencia?

*Amicus Plato; sed magis amica veritas.*

ANTONIO AGUAYO, PRESBITERO.

Los partidarios del antiguo régimen, los defensores del Tercero, los sicarios del absolutismo, parece que por fin levantan la cabeza y vienen á combatir contra nuestras libertades y á sembrar la desolación y el terror en nuestra patria.

Vengan en buen hora.

Láncense á las calles, sedientos de venganza contra todo lo existente, que solo conseguirán llevar un cruel desengaño y un terrible castigo.

Salgan y cuenten sus huestes, que nada importa. Aquí estamos; en frente nos encontrarán á todos los liberales, unidos, compactos y resueltos á combatir con valor y constancia sus maquinaciones y alardes de fuerza.

Hora es ya de que nos veamos faz á faz.

Hora es ya de que el Gobierno del Regente, adopte medidas energicas para reprimir todo abuso; que emprenda una política esencialmente liberal y nos libre de esos hombres que consumen la mayor parte del presupuesto, que viven á la sombra de nuestras instituciones y abusando de los derechos que concede á los ciudadanos la Constitución, no perdonan medio de conspirar en pró de sus ideas oscurantistas y en la cátedra, en la tribuna, en la prensa, en el sagrado de la familia, vierten el veneno de sus maquiavélicas doctrinas y hacen una incesante propaganda de sus principios.

Energía, mucha energía es necesaria para combatir y anular á los enemigos de la libertad.

¿De qué serviría, de otro modo, la revolución de Setiembre?

Acabemos de una vez.

La situación no puede ser más clara.

Parece que ha sonado para ellos la hora de lanzarse á las calles, á las montañas, á los caminos, amenazándonos con su jefe el tigre del maestrazgo; y nosotros también creemos llegada la hora de decir: que en esta provincia se conspira, mucho, con sin igual constancia, con admirable descaro.

¡Alerta, pues...! Autoridades, corporaciones, ciudadanos... ¡Alerta...! En vuestro seno estáis alimentando las víboras que os quieren devorar. No esperéis de ellos consideraciones de ninguna especie. Vivid seguros, que, si lo que no es posible en el orden lógico de los sucesos, llegasen á vencer, nos acosarían sin compasión, y su odio se extendería hasta los hijos de nuestros hijos.

¡Alerta, lugueses, alerta...!

Vosotros los conocéis. Son siempre los mismos. Son los que villana y rastramente nos calumnian en sus nauseabundos periódicos, escuchados con el manto de una religión y un Dios á quien ofenden.

Son los hipócritas que censuran

todos nuestros hechos sin tener en cuenta la inmoralidad de su vida privada.

Son los que faz á faz defienden á ese rey vagabundo llamado el Terso.

Son los que se vanaglorian cuando pueden decirnos que alguno de su pandilla se negó á jurar la Constitución, y por ello le llaman caballero español, insultando de este modo á los que hemos prometido adhesión y respeto á ese Código.

Los que tienen la insolencia de invadir las dependencias del Estado y vivir á la sombra de los mismos á quienes hacen la guerra.

Los que dotados con pingües sueldos comen un costado á la nación y conspiran contra ella.

Esos son los hombres que se atreven de día á levantar su frente ante nosotros, y en el silencio de la noche se reúnen y acuerdan todos los medios para exterminarnos.

Ya los conocéis. Ahora, Gobierno de la Nación, autoridades, corporaciones, voluntarios de la libertad.... ¡Alerta...!

Hoy más que nunca se hace indispensable la formación y armamento de los voluntarios de la libertad en todas partes, hasta en el más pequeño pueblo.

Nosotros esperamos del reconocido patriotismo del Sr. Gobernador civil de esta provincia y del Capitán general de Galicia, procuren que inmediatamente se proviste de armamento y municiones á aquella fuerza patriótica.

Hemos recibido el núm. 7.º de *La Cigarra*, revista científico-literaria que se publica en Madrid dos veces al mes. Contiene los siguientes artículos.—*Estudios jurídicos*.—*La razón escrita*.—*Pozos artesianos*.—*Cuatro palabras sobre la oratoria sagrada*.—*El arcipreste de Hita*.—*La estrella de Sevilla*, comedia. —*Eulalia*, novela de costumbres.

Recomendamos á nuestros lectores esta publicación, digna de figurar entre las mejores de su clase.

De nuestro estimado colega *El Otro*, tomamos las siguientes pequeñeces:

—«¡Ha parecido...! ¡ha parecido...! sí, señor, ¡ha parecido!»

—«¡El millón del Buen Suceso?»

—«¡Cá! hombre ¡cá! lo que ha parecido es una comunicación secreta que une el convento de monjas de la Latina con la despensa del padre capellan. ¡Ole! ¡Viva la Pepa! Después de la famosa mina de las Teresas, la comunicación de las Latinas; ¡oh! pureza de la vida monacal: no te conozco, pero te adivino porque dejas entrever....»

—«Recuerdo que cuando se discutía la libertad de cultos, decía un periódico neo, fingiéndose escandalizado:

«Con esa libertad podrán establecerse entre nosotros hasta los mormones.»

«¿Cuánto tiempo hace que existe en España el mormonismo!»

Refiriéndose *El Pensamiento Español* á la orden expedida por nuestro primer alcalde para que se inhume el cadáver de una señora protestante á quien los cató-

licos no quieren dar sepultura, hace la siguiente declaración:

«Protestamos contra esta arbitrariedad y contra la injuria que en ella se hace á todos los católicos, que sean algo más que católicos de nombre.»

¿Creen nuestros lectores que si el movimiento de Setiembre hubiera sido una verdadera revolución, tendríamos realmente necesidad de comentar esta protesta?

¿Por qué el diario religioso, en lugar de protestar contra una medida tan justa, tan fraternal y tan caritativa, no protesta contra las comunicaciones secretas de algunos conventos, contra las sustracciones de algunos miles de duros y contra los asesinatos perpetrados en algunas catedrales?

El reino de estos fariseos no concluirá sino con la derrota de la última hipocresía.

Nos ha hecho felices la lectura del comentario que hace *El Pensamiento Español* á la orden dada por el alcalde popular de Madrid para que inmediatamente se inhume el cadáver de una señora protestante, muerta hace cuatro ó cinco días.

Dice el caritativo colega:

«Los cementerios contruidos con el dinero de los católicos, conservados y cuidados por ellos, son de los católicos; si el Sr. Rivero quiere un cementerio para los protestantes, compre terreno y constrúyalo enhorabuena; pero no nos quite lo que es nuestro para cedérselo á ellos. La libertad de cultos, que desgraciadamente se ha proclamado en España, podrá autorizar á los protestantes, á los moros y á los mormones á construir cementerios propios, como los católicos hemos hecho los nuestros; más no á invadir la morada que hemos elegido para después de nuestros días, más sagrada y digna de respeto aun que aquella en que vivimos.»

Los cementerios de los católicos, caro colega, han sido contruidos con el dinero de los españoles; pero aun cuando así no fuera, los hombres que predicán una religión de paz, de caridad y de perdón, son los menos autorizados para declarar la guerra hasta más allá de la tumba. «Amaos unos á los otros, como yo os he amado,» decía el Cristo á sus discípulos momentos antes de entregarse al centurion expedido por los fariseos. Nuestros católicos piensan de diferente modo que el Cristo. Al amor de su Maestro, ellos sustituyen el odio universal. Así, pues, el primer deber de una revolución sería el de echar al fuego todas las bulas, encíclicas, cánones, epístolas y concordatos que hacen á España tributaria de Roma.

(*La Reforma*).

Dice *La Marina* del 19, periódico del Ferrol:

«Hemos oído asegurar que el Gobierno ha relevado al señor Gobernador civil de la provincia á consecuencia de los sucesos de ayer en la Coruña, nombrando para reemplazarlo al conocido liberal don Diego Moreno de la Riva; como no tenemos la completa seguridad de que este hecho sea cierto, nos abstenemos por hoy de todo comentario.»

*El Pensamiento* llamado *Español* sueña despierto y esclama:

«A juzgar por lo que vemos, Dios ha oído las oraciones de su pueblo y misericordioso siempre, le ha tocado en el

corazon y dicho como en otro tiempo á Lázaro: *Levántate*. Y España deja ya la podredumbre del liberalismo, se levanta briosa y grande como en sus mejores días de gloria, y aclama con entusiasmo al nuevo libertador, al nuevo Pelayo para con él y la ayuda de Dios reconstruir la antigua monarquía, aquella monarquía católica, popular y verdaderamente democrática, amparo firme de la Iglesia, madre tiernísima de los españoles y terror de Europa y del mundo.»

Llamar al Terso, Pelayo, es cosa que sólo se le ocurre á un neo; pero lo que más gracia nos hace, es oír hablar al *Pensamiento* llamado *Español*, de monarquía católica popular y DEMOCRÁTICA.

Consolémonos, sin embargo, porque el periódico neo-católico asegura que la monarquía tersa será el terror de la Europa y del mundo.

¡Tembra terra!

¿Cuando decimos que la hipocresía de los neos llega hasta la política también! ¿Qué otra cosa es eso de popular, etc., etc.?

(*El Popular*)

Un cura del arrabal de Regués, en Tortosa, sublevó días pasados á las mujeres, diciéndolas desde el altar que debían armarse un somaten para arrojar de allí á los comisionados que venían á cobrar la cuota de la redención de quintos, apellidándolos ladrones. El resultado de la exhortación cristianísima del sotana fué un motin mujerial, en el que hubo palos, escobas y gritos contra el Gobierno y los liberales, apaciguándose, merced al alcalde, que acudió con fuerzas municipales y de la guardia civil.

(*El Popular*)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Director de EL INDEPENDIENTE.

Madrid 18 de Julio de 1869.

Muy señor mio: Ayer ha tenido lugar un importante Consejo de Ministros: despues de los decretos que se presentaron por varios ministros, nos consta que el infatigable y celoso Sr. Zorrilla, presentó á la aprobación otro suspendiendo el de su antecesor Sr. Martín Herrera, causa de la crisis pasada, y que aparecerá probablemente en la *Gaceta* de mañana. Se habla de otros no menos importantes decretos del Sr. Zorrilla, de los que no doy conocimiento por no tener la certeza que tengo del que digo mas arriba. De cualquier modo el enemigo de la clericalia, el llamado á organizarla, y á moralizarla, si es necesario decirlo así, el Sr. Ruiz Zorrilla, no descansará un momento hasta tanto que no consiga lo que el pueblo desea respecto de esa gente.

Ayer el Sr. Zorrilla llamó á los jueces de estos distritos y les indicó los deseos que le animan de que la judicatura se inspirara en los principios revolucionarios mas elevados. Pronto aparecerá en la *Gaceta* una circular del mismo ministro á las audiencias para que con el criterio de la mas amplia libertad se proceda en todos los casos que sean de su competencia.

—Seguramente isabelinos y carlistas están unidos para echarse á combatir. Cuantos buenos liberales

estiman á su pais, desean, que cuanto antes se pongan en armas, para probarles una vez más que somos fuertes en la pelea y generosos con los vencidos cuando ellos lo merecen.

Como ambos partidos trabajan en grande escala, se ha dicho que el duque de Montpensier habia solicitado el mando del ejército que operara contra las huésteres *tersistas*, pero esto es infundado por ahora, á pesar de que me consta que mas adelante hará tal ofrecimiento. Si fuera preciso, ó si desde el primer momento, tomara cierto carácter la lucha, los generales que se pondrían al frente de las divisiones serian los de la situación, los revolucionarios, y el general Prim el general en jefe, para aplastarlos, como oportunamente dijo en las Cortes, donde quiera que los encontrara.

El general Cabrera no puede, por el estado de su salud, salir á campaña, y en su nombre asistirá el general Elío: por parte de doña Isabel, *la Gorda*, el intrépido y aguerrido ex-general Calonge, que dicho sea de paso, no tiene mas que una herida en la espalda, señal inequívoca que la recibió huyendo. Espere V., pues, la intentona de un momento á otro, pero espere la con calma y tranquilidad.

—El Sr. Ardanaz nos consta que está haciendo esfuerzos supremos, asi como el Sr. Becerra, para arreglar debidamente sus departamentos respectivos. Respecto á personal sé que no quedarán si no aquellas personas adictas á la revolución, de reconocida moralidad y aptitud. Hasta ahora, son del elogio de todos las disposiciones que se espera que publiquen en el periódico oficial de un momento á otro ambos ministros.

PARTE TELEGRÁFICO.

SERVICIO PARTICULAR DE «EL INDEPENDIENTE.»

Madrid 19.—Recibido á las 12 horas y 30 minutos de la noche.

Han salido tropas de Valladolid para Burgos en persecucion de los facciosos.

Asegúrase que el Terso se halla preso en Pamplona.

Falleció Aguirre.

Los contribuyentes han acordado celebrar una reunion con objeto de protextar contra el impuesto personal.

Madrid 20.—Recibido á las 11 y 20 minutos de la noche.

Dicese que se hallan presos los generales Quesada y Mendigüeta.

Se ha descubierto una vasta conspiracion en la que se trataba de asesinar á Serrano, Prim y Rivero.

El Regente salió para la Granja.

Han sido licenciados varios sargentos del ejército.

LUGO: ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, San Pedro, 19.